

CONFERENCIA XVII

BELLEZA Y GRANDEZA DEL HOMBRE

EMMO. SEÑOR, SEÑORES:

Un gran poeta, Shakespeare, ha dicho del hombre: «¡Qué obra maestra es el hombre! ¡Cuán noble por su razón! ¡Cuán infinito por sus facultades! ¡Cuán admirable y expresivo por su forma y por sus movimientos! ¡Cuán semejante en su acción á los ángeles! ¡Cuán semejante á Dios en sus concepciones! ¡Es la maravilla del mundo y el tipo supremo de los seres animados!» (1). No me sorprenden estas admiraciones del poeta; porque Dios mismo me ha enseñado, en el acto de crear al hombre, la estima en que debo yo tenerlo. Concentrando, en cierto modo, toda su vida y todas sus perfecciones, dijo: «Hagamos al hombre á nuestra imagen y semejanza.» *Faciamus hominem ad imaginem et similitudinem nostram* (2).

¡Hagamos al hombre! Parece que Dios, después de haber formado el mundo, durante muchos siglos, y sacado de su seno los seres animados, no ha hecho nada aún. Se anima y se excita á producir alguna cosa nueva y más perfecta; una naturaleza superior será, mejor que el universo entero, la imagen y la semejanza

de su sér inmaterial y de sus infinitas perfecciones: *Ad imaginem et similitudinem nostram*.

Es preciso meditar hoy, señores, estas palabras y contemplar lo que hemos entrevisto ya en la serie de nuestras demostraciones precedentes, para añadir al conocimiento de los elementos y de la constitución de la naturaleza humana, el conocimiento de su belleza y de su grandeza.

En la naturaleza humana, por la parte que mira al mundo material, descubro una triple belleza que puede servir de modelo á las criaturas inferiores: belleza de construcción ó anatómica; belleza de funciones ó fisiológica, y belleza de expresión ó fisionómica. Por la parte que mira al mundo invisible, descubro una triple belleza, á la cual sirven de modelo las criaturas superiores: belleza intelectual, belleza moral y belleza social. En las relaciones del hombre con el espacio, con el tiempo y con los otros seres de la creación, descubro una triple grandeza que representa la inmensidad, la eternidad y la soberanía de Dios.

Antes de entrar en el desarrollo de estos pensamientos, permitidme, señores, dos breves observaciones. Y es la primera, que no volveré á tratar más las repugnantes doctrinas ya refutadas; pero en lo que voy á decir recibirán heridas tan profundas, que las destruirán mejor que nuevos argumentos. La segunda es que la síntesis que ofrezco hoy á vuestras meditaciones tiene por objeto suplir el curso completo de antropología católica, que debiera tener lugar en estas conferencias, pero que las condiciones de mi plan general no me permiten emprenderlo.

Dejo á otros este trabajo, y sustituyendo los detalles por el movimiento rápido de las ideas y por la concentración de las líneas, procuraré decir lo bastante para excitar en vosotros el deseo de estudiaros más, á fin de que os conozcáis mejor, para que améis más á Aquel que os ha hecho tan bellos y tan grandes.

(1) *Hamlet*, act. II, esc. 2.

(2) *Genes.*, cap. I, v. 26.

Al trazar Dios en su pensamiento el plan de una creación, fija su mirada principalmente en el sér más perfecto; porque es una propiedad de lo perfecto resumir de una manera típica lo que está debajo de sí, y determinar el puesto que le corresponde. Cuando vemos el cuerpo humano después de los otros cuerpos, no debemos creer que Dios haya ensayado su poder con tanteos indignos de su sabiduría. Tenía presente su obra maestra, y distribuía en el mundo mayor las perfecciones ya decretadas, condensadas y ordenadas en el mundo menor (1). El universo es magnífico, pero lo es más aún este compendio del universo que se llama cuerpo humano. Los elementos se combinan y funcionan en él con tanto orden, que es necesario haberse empeñado en despreciar todas las manifestaciones de la belleza para no confesar que la mano del supremo Arquitecto ha pasado por allí.

Considerad primeramente; señores, los materiales y la estructura del edificio. En el centro, una armazón sólida que determina las proporciones y las formas; los huesos son más duros que las otras sustancias, y más opuestos a las alteraciones, puesto que deben sostener y proteger todo el edificio. Desde la base hasta el vértice no forman sino un todo, y sin embargo son en número de doscientos seis. Allí hay columnas, bóvedas, arcos, receptáculos, palancas, goznes, muelas y cuchillos. Una ley de simetría preside á su colocación; sus curvaturas, sus prolongaciones, sus hundimientos, sus perforaciones están combinadas con maravilloso arte; sus articulaciones son fuertes, para darles unidad, y flexibles para permitirles el movimiento en varias direcciones. Los músculos, resortes poderosos, los cubren y los envuelven; y sobre ellos se extien-

(1) Homo dicitur minor mundus quia omnes creature mundi quodammodo inveniuntur in eo. (Cf. *Summa Theol.*, I p., q. 91, art. 1.)

de como una coraza la piel, membrana á la vez suave y gruesa, dúctil y resistente, abierta é impenetrable.

Tal es la arquitectura exterior. En el interior, las distribuciones están reguladas de tal suerte, que no se encuentra el menor espacio desocupado. Partiendo de centros simpáticos, los órganos se encuentran sin estorbarse, dispuestos cada uno á desempeñar su oficio y á prestar sus servicios. Los unos blandos y esponjosos, para realizar mejor las acciones químicas; los otros duros y elásticos, para ejecutar mejor las acciones mecánicas. En un pequeño receptáculo, y en la cavidad abierta del abdomen, se hallan con sus auxiliares los delicados órganos de la nutrición y de la reproducción. Bajo los arcos del pecho están suspendidos los órganos de la respiración y de la circulación. Bajo la bóveda cerrada del cráneo, espera el cerebro las impresiones del cuerpo y las órdenes del alma. Una triple cubierta protege los dos hemisferios de esta masa de color gris, compuesta de una infinidad de fibras entrelazadas sin confundirse, y de un firmamento compacto de moléculas delicadas, en donde se dejan sentir las impresiones divisibles de la materia y la acción del espíritu (1). Sólo el cerebro y el corazón están en relación con todo el organismo; el primero, mediante las fibras nerviosas; y el segundo, mediante sus venas. Todo está previsto en esta bella construcción del cuerpo humano, tanto en el aparato telegráfico como en el aparato de la circulación. No hay una sola molécula que no tenga su hilo, ni una que no tenga su vaso. Todo está en su lugar, y todo es admirable, igualmente las partes que el conjunto; de tal manera, que un gran anatomista después de haber diseccionado la mano de un hombre, no pudo menos de cantar un himno al Criador. Todo está en su lugar, los hue-

(1) "Qué admirable y misterioso órgano es el cerebro! Hallamos en él, dice Huschke, montañas y valles, puentes y conductos, vigas y bóvedas, azadones y escardillos, árboles y gavillas, arpas y horquillas tónicas... Nadie, hasta ahora, ha adivinado la significación de estas formas singulares." (Huschke: *Cráneo, cerebro y alma.*)

so, los músculos, los nervios, las arterias, las venas, las vísceras; un mismo tejido une las partes entre sí, y un mismo elemento anatómico constituye la unidad de esta variedad.

Todo está en su lugar, y todo funciona con regularidad. Si os es dado imitar, señores, aunque groseramente, la belleza anatómica del cuerpo humano, os es imposible, hasta ahora, imitar su belleza fisiológica. Podréis inventar un juego mecánico, complicado y delicado, que produzca movimientos, pero jamás se acercará á ese conjunto ordenado de funciones solidarias que constituyen, en el mundo de la materia, la más bella de las armonías. El cuerpo humano funciona para formarse; funciona para sentir; funciona para moverse; funciona para aumentarse y conservarse; funciona para reproducirse.

Una simple impresión sobre una membrana celular, es el origen de todo (1). Esta impresión, circular en un principio, se alarga, crece y se rompe; es el embrión. Mientras que las dependencias del útero recorren las diversas fases de su evolución, él se aumenta, y los rudimentos que contiene se desarrollan en un orden relativo á los periodos de la vida exterior, que sucederá bien pronto á la vida oculta. Los instrumentos del alma que sirven para avisarla y para ejecutar sus órdenes, los nervios, aparecen los primeros con el cerebro, y después los órganos de los sentidos, los huesos, las membranas, las vísceras y los órganos inferiores.

Formado en todas sus partes, el cuerpo sale de la

(1) Esta membrana es el *blastodermo*, que se forma por la sementación del *vitellus* en el óvulo fecundado. Se ven multiplicarse en él los nódulos ó esferas de la sementación en número de dos, cuatro, ocho, dieciséis, treinta y dos, etc., hasta que se llena enteramente la cavidad del huevo. Acabada la sementación se condensan las esferas en la superficie, y se convierten en verdaderas células. Estas células, aplicadas las unas á las otras, se desdibujan, se funden entre sí, y concluyen bien pronto por formar una membrana esférica, incluida en la membrana *vitellus*... Este es el *blastodermo* sobre el cual se forma la impresión embrional.

vida oculta, y funciona para sentir. Contad, si podéis, los hacecillos de fibras imperceptibles que, partiendo de un centro, van á terminar en todas las partes de la superficie, para advertirnos la aproximación de los cuerpos, y revelarnos, ya su naturaleza, ya su forma, sus olores, su gusto, el placer ó el dolor que nos causan al tocarlos. A los dos lados de la cabeza, mirad esos laberintos misteriosos que el aire agitado hiere de mil maneras, formando, ya un ruido vago ó diversos sonidos, ya un estampido terrible, ó una música armoniosa. Bajo unos arcos protectores, y velos que se bajan y se levantan libremente, admirad esos espejos transparentes y móviles, en que la luz concentrada nos presenta las imágenes del mundo exterior. En el fondo de esos laberintos y detrás de esos espejos, el alma ha construido aparatos que le sirven para su vigilancia. A la primera señal oye y ve.

Un edificio inmóvil, dotado de la facultad de sentir, sería ya una cosa grandemente bella; pero ved aquí, señores, cuánto más bello es el cuerpo humano que funciona para moverse. Con el auxilio de los resortes y palancas que hemos enumerado en la descripción de su arquitectura, ejecuta todas sus evoluciones: anda, corre, salta, se inclina, se dobla, se endereza, coge, lleva, descansa, acaricia, hiere, trabaja y obra de cien otras maneras, con unos movimientos tan perfectos, que no se oye ningún ruido en la máquina que los ejecuta; y si se someten á un estudio matemático, se descubre en ellos maravillas de equilibrio.

Las máquinas artificiales son siempre más ó menos defectuosas; aun después que las hemos perfeccionado esmeradamente, se alteran con el uso y reclaman nuestros cuidados para repararlas: sólo el cuerpo humano se repara por sus propias funciones. Con sus manos toma los alimentos, á los cuales da vida en parte, transformándolos en su propia sustancia, los deshace con sus dientes, los amasa con sus músculos, los satura de saliva, y los disuelve con sus secreciones; absorbe por sus vasos capilares los jugos que convierte en sangre, y de la sangre se apropia por todas partes los

todas y admirad la belleza del cuerpo humano, y tomadlo por modelo vuestro. Elementos derramados en el espacio, venid, y aprended la manera de colocaros con orden y de combinarlos en proporciones invariables; astros del firmamento, venid, y aprended cómo habéis de obedecer á las leyes que os rigen y á los espíritus que os gobiernan; océano tempestuoso, ven á aprender el ritmo de tus palpitaciones y á despedir de tu seno las aguas propicias que han de alegrar la tierra; ríos, torrentes y arroyos, venid, y aprended el modo de empalmaros, de regular vuestras corrientes, y de multiplicar vuestras saludables influencias; rocas antiguas que formáis el esqueleto del globo, venid, y aprended el modo de sostenerlo, y de contener los latidos de su centro abrasado; abismos, venid á aprender cómo debéis ocultar vuestros tesoros; montes, colinas y montañas, venid, y aprended cómo debéis adornar la tierra con vuestras soberbias crestas y con vuestros variados contornos; plantas de todos los climas, animales de los campos, de los bosques y de los desiertos, venid, y aprended la manera de formaros, de aumentaros, de conservaros, de usar de vuestros sentidos, de moveros y de reproduciros; venid y admirad este cuerpo que fué criado el último, contemplado por Dios antes que á vosotros en sus eternos pensamientos, porque era el más bello, y sobre el cual habían de amoldarse todas vuestras bellezas (1).

He concluído ya, señores, la descripción de la belleza del cuerpo, y he determinado el puesto que le corresponde en el mundo de la materia; respondámos ahora á las invitaciones del alma, y ahondemos más en el sentido de esta palabra divina. *Hagamos al hombre á nuestra imagen y semejanza.*

Dios concedió, dice Bossuet, á la creación del hombre, no por un mandato, sino por un consejo, dándonos á entender con esto que iba á producir una obra de mayor perfección y de una belleza más acaba-

(1) Cf. *Summa Theol.*, I p., q. 91, art. 8: *Utrum corpus hominis habuerit convenientem dispositionem?*

da (1). Para esto era necesario que el hombre representase á su Autor, no por un simple vestigio, sino por modo de imagen. Pero sólo el alma goza de este privilegio; porque, como Dios, ella no admite en su esencia ninguna composición ni división numérica de elementos, pues es simple y espiritual; y en este espíritu resplandece, junto con la semejanza de la naturaleza de Dios, la doble belleza de las operaciones divinas.

Y desde luego, señores, se nos presenta la belleza intelectual. El acto creador ha dejado impreso en nosotros un luminoso destello de la cara de Dios, dice el Salmista: *Signatum est super nos lumen vultus tui, Domine* (2); y desde entonces, lo que ve la cara de Dios es lo que debemos ver nosotros; es decir, que nuestra inteligencia no puede tener otro objeto que aquel que alegra eternamente la inteligencia divina, la verdad. La verdad es el alimento inmaterial de todo espíritu. Dios, espíritu perfecto, se alimenta de ella en la inmutable contemplación de su Sér, origen y fundamento de toda verdad; y por lo mismo que nos configuró á su esencia, debía convidarnos á su festín. La sabiduría ha dispuesto una mesa, á la cual se sientan todas las innumerables legiones de las inteligencias creadas (3). Los ángeles nos preceden; pero nosotros tampoco estamos excluidos de ella. Mientras una parte de nuestro sér se inclina, como los animales, sobre la tierra para buscar su pan cotidiano, la otra, elevada á las regiones superiores de lo inteligible, se mantiene de la misteriosa sustancia de la verdad.

El conocimiento de la verdad no es en nosotros lo que en Dios, porque la capacidad y, si se me permite la expresión, el organismo intelectual, no son iguales. Dios conoce la verdad por una intuición directa, inmediata, simple y total, mientras que nosotros nos vemos precisados á buscarla, tomarla por partes, dividirla y componerla; pero para estas operaciones

(1) *Elevations sur les mystères*. (Semana 4.^a, elev. 5.^a)

(2) *Psalm.* iv.

(3) *Sapientia ... posuit mensam suam*. (Prov., ix, 2)

trabajosas poseemos facultades que por su propio vuelo se elevan de las imágenes á las ideas, y de las ideas á los principios. Dios conoce infaliblemente, mientras que nosotros estamos sujetos al error y á la duda; pero la razón, si procede rectamente, puede conducirnos hasta la incommovible roca de la certeza, desde donde desafiamos á todos los enemigos de la verdad. Dios lo conoce todo, sin que ningún misterio pueda escapar á la penetración de su mirada infinita; mientras que un sinnúmero de cosas huyen y se occultan en impenetrables tinieblas á los ojos de nuestra inteligencia; pero si comparamos nuestros conocimientos á las fugitivas sensaciones de los vivientes que nos rodean, todo es luz y esplendor en nuestro espíritu; y si no conocemos todas las cosas, podemos, sin embargo, elevarnos hasta la razón suprema de las cosas. Dios conoce en la unidad de lo presente, que reduce á un solo punto, los extremos más distantes de la duración, mientras que nosotros pasamos por una sucesión continuada de instantes, detrás de los cuales desaparece lo que deja de existir, y delante de los cuales se oculta lo que no existe aún; pero nuestra memoria, dispuesta siempre á ponerse en acción, conserva las huellas de lo pasado; y nuestra razón, siempre dirigida hacia lo porvenir, ejercita en él su fuerza conjeturadora. Dios abraza de una sola mirada todos los posibles, mientras que nosotros con dificultad los concebimos; pero concebimos las dimensiones infinitas de la perfección que los contiene, el poder inagotable de Dios. Dios no conoce sino un principio, que es su esencia, y en este principio conoce todas las demás cosas; mientras que nosotros subimos penosamente de los efectos á las causas, antes de descender de las causas á los efectos; pero no obstante, la potencia racional consigue agrupar las ideas dispersas alrededor de los principios de que se ha apoderado, y crea la ciencia humana. Hay más aún: enlazando todos los seres con su primer principio, y todas las verdades con su origen eterno, llegamos hasta la sabiduría, é imitamos, cuanto nos es posible, la incommensurable ciencia de Dios. En fin, seño-

res: hay un abismo entre el conocimiento divino y el conocimiento humano, un abismo entre la manera del conocimiento angélico y la manera del conocimiento humano; pero en último resultado, la verdad, que es el sustento cotidiano de Dios y de los ángeles, lo es también de la humanidad (1).

Que Dios es la belleza misma cuando se contempla á sí mismo; que los ángeles son más bellos que nosotros cuando ven en su propia esencia y en la luz infusa lo inteligible, objeto de sus conocimientos, lo creo. Sin embargo, estos tipos sublimes no me avergüenzan, porque soy semejante á ellos, y con esto me contento; y mi belleza intelectual me parece tanto más estimable y venerable, cuanto que es la corona de mis trabajos. ¿No os parece una cosa bella ver al fatigado trabajador comiendo por la tarde, en su hogar, el pan bañado con sus sudores? Verdaderamente aquel es pan suyo, pues lo ha ganado, y puede decir con toda verdad: *panem nostrum quotidianum*. Pues bien; como él, alimento yo mi espíritu del pan comprado con el precio de mis esfuerzos; y esto es bello, y esta belleza basta al presente para satisfacer mi ambición. Es la belleza del pobre, si miro hacia arriba; y es la belleza del más rico de los seres, si miro á las criaturas inferiores que se sustentan de una sustancia grosera, sin sospechar siquiera la existencia del pan sobresustancial que forma mis glorias y en el cual tengo mis delicias.

Porque, entendedlo bien, señores; la verdad es la perfección y la felicidad de mi inteligencia. Es perfección, porque yo no puedo conocer la verdad sino pasando de la potencia al acto, y porque mi sér es tanto más perfecto, cuanto está más en acto; es perfección, porque es mi objeto material, y porque toda facultad se perfecciona con la consecución de su objeto; es mi felicidad, porque la amo, me complazco y descanso en ella. Dios es feliz con lo que sabe, y yo también. Esta felicidad excede infinitamente á todas las satisfacciones de los sentidos. ¡Cuántas veces ¡oh Verdad santa!

(1) Cf. *Summa Theol.*, I p., q. 84 y sigs.

me he conmovido al hallarte! ¡Qué alegría siento en mi alma al abrazarte, como recompensa de mis trabajos, con tus sonrisas y tus promesas! Entonces comprendo estas palabras del Salmista que, después de decir: «Señor, has dejado impreso en mi alma un destello de tu faz resplandeciente,» añade á continuación: «Has causado alegría en mi corazón.» Bien sé que esta alegría es demasiado limitada y demasiado pasajera para hacernos perfectamente felices en esta vida; pero es una prenda para el día en que la verdad se nos presente toda entera y sin velos.

Configurados á la belleza intelectual de Dios, debemos serlo igualmente á su belleza moral, pues la voluntad sigue al entendimiento: *voluntas consequitur intellectum*. Somos, pues, libres como Dios, y como El, capaces de querer el bien y de amarlo.

¡Somos libres! Afirмо hoy, señores, esta verdad; la prueba vendrá más tarde. Bien comprendéis que en medio de una síntesis antropológica no puedo extenderme sobre la naturaleza, la necesidad y las funciones del libre albedrío. Hoy sólo apelaré á nuestro sentido íntimo, al legítimo orgullo que sentís viéndoos sobre todos los seres sometidos á la necesidad; á nuestro justo desprecio de los cobardes que, por miedo del deber y de la virtud, excusan su depravación bajo el pretexto de la fatalidad. Sentido íntimo, noble orgullo, desprecio; todo esto me está diciendo que Dios nos ha tratado con respeto, que nos ha dejado en manos de nuestros consejos, que somos libres.

¡Somos libres! No consiste en esto toda nuestra belleza moral, pues no es más que el principio. El poder que se nos ha dado para determinarnos libremente, lo mismo que la facultad de conocer, son, por sí, de muy poco valor; sólo el acto mismo de conocer y de determinarnos al bien es el que nos honra. Somos libres para querer el bien. Cuando digo querer el bien, ya comprenderéis sin dificultad de qué bien hablo. Es un bien colocado sobre las apreciaciones del interés particular, un bien de cada uno y de todos al mismo tiempo, un bien fundado sobre el orden universal de las

cosas que se confunden con él; en fin, *el bien*, el objeto mismo de la voluntad divina convertido en objeto de nuestra voluntad; el bien que es necesario querer, no solamente con preferencia al mal, sino á un con preferencia á un bien menor; el bien que, elegido libremente, nos asegura la gloria del mérito; que elegido por hábito, nos reviste de la suprema belleza de la virtud.

Entrad en el interior de un alma cuya voluntad está determinada universal y constantemente al bien: ¡qué orden! ¡qué armonía! ¡qué esplendor! Allí se ha formado todo un mundo de constelaciones inmateriales, por la repetición ó intensidad de unos mismos actos; y en derredor de las virtudes cardinales, que son como los soles de la vida moral, gravitan pléyades de virtudes subordinadas, de que proceden naturalmente actos que llevan el sello de una perfecta rectitud.

En el medio se halla la prudencia, directora de la vida moral, centro regulador del movimiento de todas las virtudes á su fin. Á su acción moderadora y directora hace concurrir todos sus elementos, la memoria, la inteligencia, la razón, la diligencia, la previsión, la circunspección y la vigilancia; en su órbita gravitan las virtudes de las cuales proceden los buenos consejos y las sabias y altas determinaciones. Junto á ella gira otro sol, la justicia, siempre dispuesta á cumplir todos los deberes y á satisfacer todos los derechos; y en la órbita de la justicia gravitan la religión con todo su cortejo de oraciones y actos sagrados, las acciones de gracias, el respeto, la obediencia, la gratitud, la sinceridad, la afabilidad y la liberalidad. Tras la justicia viene la fortaleza, que reprime los arrebatos y previene los decaimientos de nuestro espíritu; la fortaleza, madre de los actos heroicos y de los sacrificios sublimes; la fortaleza, sol de la magnanimidad, de la magnificencia, de la paciencia y de la perseverancia. En fin, en las delicadas fronteras de la naturaleza humana, donde la carne hace guerra contra el espíritu, se halla como última constelación la templanza, que modera los apetitos y los deleites; la templanza, guarda del pudor y de la honestidad, y rodeada de virtu-

des austeras y encantadoras: la abstinencia, la sobriedad, la castidad, la continencia, la mansedumbre y la modestia (1).

Tal es, señores, el alma del que quiere el bien con una voluntad universal y constante. ¿Conocéis algo más bello? ¡Oh cuán pálidos me parecen los astros del firmamento ante las radiantes constelaciones que iluminan el alma del justo! Necesito mirar más allá de los mundos para hallar un punto de semejanza. El es justo como Dios, justo como los ángeles. Digo mal, señores; Dios es justo por naturaleza, y el ángel por una determinación pronta y firme, que no se repite; pero el hombre no es justo sino después de una larga serie de esfuerzos y de operaciones, porque lleva en sí un mundo inferior que es preciso poner en armonía con el mundo superior de las virtudes, el mundo de las pasiones. Las pasiones no son malas en sí mismas; no obstante, por efecto de una desgracia que os referiré un día, pueden ser, y lo son ¡ay! enemigos de nuestra perfección moral. Abaten el alma ó la llevan hasta el delirio, la arrastran á los bienes sensibles, ó la alejan de los verdaderos bienes; en fin, conspiran contra la virtud, y preparan el reino del vicio, si no se enderezan sus inclinaciones, si no se reprime su impetuosidad. Mas el justo todo lo tiene previsto. A tiempo y con mano fuerte se ha enseñoreado de las pasiones, y las ha domado, debilitado y enderezado hacia el bien que se ha propuesto su voluntad. Se ha fatigado sin duda, ha quedado quizás herido en el combate; pero esto no hace sino realzar más su belleza. Me complazco en ver sobre la frente de los vencedores la señal de los golpes que han recibido; son un testimonio de la fiera resistencia de los enemigos vencidos, y del valor que ha sido preciso desplegar para derrotarlos. Dirigidas hacia el bien, las pasiones se convierten en servidoras y auxiliares del justo; el amor, sobre todo, le presta su ardor y sus impetuosos deseos, para llevarlo más rápidamente hasta la cumbre de la perfec-

(1) Cf. *Summa Theol.*, I y II p., q. 47 y siguientes.

ción, donde le espera una verdadera y sublime paz que, según la expresión del Apóstol, sobrepuja á todo encarecimiento: *Pax... que exuperat omnem sensum* (1).

Así, pues, señores, el hombre, con respecto á su alma, se mantiene del mismo alimento que Dios: conoce la verdad; ama el bien y recibe de uno y otro la perfección y la felicidad. En su naturaleza, en sus operaciones y en su belleza intelectual y moral; se refleja la imagen viviente de la Divinidad.

Pero no es esto sólo. Dios vive de una manera inefable, y los términos de su vida, apenas representados por oscuros delineamientos en la armonía del mundo, se manifiestan con gran brillo en las facultades y en las operaciones fundamentales del alma humana. Como Dios, ella engendra interiormente su verbo; como Dios, se ve y se ama en su verbo; como Dios, se expresa y obra fuera de sí por medio de su verbo. Envuelto en los misterios de la palabra, y á través de los velos de la carne, el verbo humano penetra en las almas y ejerce en ellas su fuerza creadora. Ilumina, conmueve, persuade, excita, transporta, aplaca, consuela, asombra, espanta, domina...; en una palabra, es el lazo que une al hombre con el hombre y forma la unidad social. No podíamos, señores, carecer de esta belleza, puesto que Dios, que nos ha hecho á su imagen, forma también en sí una familia y una sociedad. Por esto dijo: «No es bueno que el hombre esté solo.» *Non est bonum hominem esse solum.* Una simple mirada sobre sí mismo le determina á multiplicar su obra maestra y á crear entre el hombre y sus semejantes unas relaciones que, pasando de la familia á la tribu, de la tribu á la nación, de la nación á la humanidad entera, forman de muchos términos una unidad gloriosa, imagen sublime de la vida divina en la creación.

Debemos, pues, vivir en sociedad; la misma naturaleza humana lo exige, dice Santo Tomás: *Naturale est homini, quod in societate multorum vivat.* Sin esta

(1) Philip., iv, 7.

sociedad nuestras facultades serían inertes y no conseguirían su objeto. La inteligencia esperaría el choque que debía despertarla, la voluntad se agitaría en una esfera limitada donde no pueden ejercitarse las virtudes; el cuerpo mismo, no habiendo nada que lo ennobleciese, se inclina del lado en que halla la satisfacción de sus apetitos, y se aproxima á las bestias, borrando en este embrutecimiento las bellezas personales que acabamos de admirar. La sociedad es la que nos presenta á la hora conveniente el alimento divino de la verdad; la sociedad es también la que nos pone en estado de formar en nuestras almas los nobles hábitos en cuyo derredor gravita todo un mundo de virtudes; la sociedad es, finalmente, la que nos enseña á expresar la verdad y el bien por esa irradiación de la fisonomía y por esa bella música de la palabra, las cuales comunican á nuestros cuerpos tan elevado carácter de superioridad.

Dios así lo ha querido y decretado, señores. No es bueno que el hombre viva solo; la sociedad es el medio natural donde se desarrolla su belleza, y en su unidad ella es su manifestación más grandiosa y más sublime. Contemplad, os ruego, y admirad al hombre-pueblo. No es ya un solo cuerpo, una sola inteligencia, una sola voluntad. La bendición de Dios ha multiplicado casi hasta lo infinito este soberbio monumento de proporciones tan perfectas, de funciones tan bien ordenadas y de expresión tan noble. Las fuerzas intelectuales se reúnen en un centro luminoso, cuyos rayos aumentan á medida que avanzan los tiempos, y del cual proceden las artes, las ciencias, las letras, los descubrimientos útiles y gloriosos, y sabias instituciones. Todas las voluntades se fortalecen con el choque, ó se excitan por la emulación á difíciles empresas, á virtudes heroicas, á grandes y sublimes sacrificios. Del contacto, de la comunicación, de la mutua penetración de todas las bellezas, nace esa fisonomía radiante, noble y verdaderamente regia de los pueblos civilizados, en presencia de la cual es necesario repetir, con más entusiasmo que nunca, estas bellas pala-

bras del poeta: «¡Qué obra maestra es el hombre! ¡Cuán noble por su razón! ¡Cuán infinito por sus facultades! ¡Cuán admirable y expresivo por su forma y por sus movimientos! ¡Cuán semejante en su acción á los ángeles! ¡Cuán semejante á Dios en sus concepciones! Es la maravilla del mundo y el tipo supremo de los seres animados.»

II

Bien sabéis, señores, que la belleza y la grandeza son dos cosas que se sostienen mutuamente. Siempre que el orden, la proporción y la armonía resplandecen; es decir, siempre que la belleza se muestra con esplendor, se impone y nos domina. Por eso, al describiros nuestra belleza, he hecho ver nuestra grandeza; pero esa explicación, hartamente oscura, no llena mi designio de daros á conocer claramente el puesto que ocupa el hombre en las obras de Dios. Me propongo estudiar más extensamente su grandeza en las relaciones de su bella naturaleza con el espacio, con el tiempo y los reinos inferiores de la creación.

La ciencia moderna, considerando la inmensidad de los espacios y la multitud innumerable de seres de que están poblados, se confunde en actos de humildad que yo no alabo, porque procede de un profundo desprecio de lo que ella llama error geocéntrico de los antiguos. «¡Nuestros padres eran verdaderamente, ó muy ignorantes, ó muy ciegos! Creían cándidamente que todo había sido criado para nuestro miserable globo, y daban al hombre una importancia ridícula respecto de la creación, considerándolo como el eje de los actos múltiples que en ella se realizan, y como el último remate de toda perfección creada. Pero ya han pasado aquellos buenos tiempos; la ficción pueril de la humanidad se ha desvanecido ante la luz de las investigaciones científicas, y el edificio de doctrinas místicas sobre ella levantado, se ha desplomado juntamente. Una serie de pruebas irresistibles nos obliga á poner los límites del espacio á una distancia inaccesible.

De puntos que eran los astros del firmamento, se convierten en masas sorprendentes; su número se multiplica como las divisiones de la materia, y en esta división no representa la tierra sino un átomo, que confina con la nada. Morador de ese átomo, ¿tiene derecho el hombre para ensoberbecerse? El es viviente, sí; pero no es la expresión única de la vida. La fuerza inductiva de la razón nos dice que no debemos considerar esos mundos gigantescos que pueblan el universo, como soledades silenciosas. Compuestos de elementos análogos á los de nuestro globo, se prestan también como éste á las exigencias de la vida, y pueden ser los tabernáculos movibles en que habitan infinitas legiones de seres vivientes, entre los cuales ocupamos nosotros acaso el último lugar. Confundámonos con este pensamiento, y sobre todo guardémosnos de creer que Dios tenga designios tan grandes, como los que los católicos le atribuyen, sobre seres tan miserables.

¡Ah, señores! Razón teníamos para desconfiar de esta humildad, pues en toda esta doctrina de anonadamiento se oculta una inmoralidad profunda. Se deprime al hombre para alejarlo de Dios y atenuar en último resultado su responsabilidad, persuadiéndole de que, cualquiera que sea su modo de obrar, es tan poca cosa, que nadie tendrá en cuenta sus acciones. Mas en vano se pretende sacar partido de nuestra candidez y aturdirnos con cálculos astronómicos. Ya desde mucho tiempo sabemos nosotros á qué atenernos sobre nuestra pequeñez, comparada con la inmensidad; ni es la ciencia moderna la primera en mostrar su admiración y sus humildes confesiones. El Salmista ha dicho: «Cuando miro, Señor, á los cielos, obra de tus manos, á la luna y las estrellas, fijadas por tí en sus órbitas, yo me pregunto: ¿quién es el hombre para tenerlo en tu memoria y honrarlo con tus favores?» Y añade inmediatamente: «Le has coronado de gloria y de honor, y le pusiste sobre las obras de tus manos» (1). Es decir, se-

(1) Quoniam videbo coelos tuos, opera digitorum tuorum lunam et stellas que tu fundasti. Quid est homo, quod memor es

flores, sobre todas las cosas corporales, y por consiguiente sobre el espacio. Nuestros cálculos, que prueban nuestra pequeñez, son el testimonio sublime de nuestra grandeza. Escuchad, sobre este punto, estas bellas palabras de un sabio: «Dando al hombre y al planeta en que habita una tan pequeña parte en el mundo material, parece que la astronomía no ha progresado sino para humillarnos. Mas si se mira después la cuestión desde otro punto de vista, y se reflexiona sobre la debilidad extrema de los medios con que se han abordado y resuelto tan grandes problemas; si se considera que, para comprender y medir la mayor parte de las cantidades que forman hoy día la base de los cálculos astronómicos, el hombre ha tenido que perfeccionar mucho el más delicado de sus órganos, y aumentar inmensamente la potencia de su ojo; si se observa que no le ha sido menos necesario descubrir métodos propios para medir larguísimo intervalos con la precisión de un décimo; que ha logrado impedir hasta los efectos más insignificantes que las variaciones continuas de la temperatura producen sobre los metales, y por consiguiente sobre todos sus instrumentos, y preservarse de las ilusiones sin número producidas sobre la dirección de los rayos de luz, por la atmósfera fría ó caliente, seca ó húmeda, tranquila ó agitada, á través de la cual deben hacerse necesariamente las observaciones, entonces el sér débil ostenta toda su grandeza. Al lado de estas obras maravillosas del espíritu, ¿qué importan la debilidad y fragilidad de nuestro cuerpo? ¿Qué importan las dimensiones del planeta que habitamos, del grano de arena sobre el cual nos ha tocado en suerte vivir algunos instantes?» (1). Yo voy más allá que Francisco Arago, señores, y digo: Dejemos á un lado los cálculos astronómicos, y

ejus, aut filius hominis, quoniam visitas eum...? Gloria et honore coronasti eum, et constituisti eum super opera manuum tuarum. (Psalm. viii).

(1) Francisco Arago: *Notices historiques*, tomo II, p. 278, *Biographie de Bailly*.

retrocedamos hasta los siglos en que el error geocéntrico era admitido sin contradicción. Nuestros padres se engañaban considerando la Tierra como centro del movimiento universal; pero pensaban acertadamente haciendo del hombre el centro de todos los espacios creados. Y si no, ¿qué es un centro? Un punto simple é indivisible, común á todas las circunferencias, y que proyecta sus radios indefinidamente. Tal es el hombre por su alma inteligente. Ninguna distancia limita sus ideas, y uno solo de sus pensamientos se extiende más que todo el universo. Más allá de los espacios reales se imagina espacios posibles, y más allá de los espacios posibles, concibe mundos sin medida. ¡Ah! Vosotros creéis asombrarme, espantarme, aplastarme sobre la tierra, y confundirme con los átomos presentando ante mis ojos las perspectivas astronómicas. Desengañaos: yo soy más grande que vuestras inmensidades. Paso, paso á mi espíritu! El recorre más de setenta y cinco mil leguas en un segundo. En un instante imperceptible, y sin dejar el cuerpo que anima, atraviesa la inmensidad en todas direcciones, lánzase desde el mundo material al mundo de los espíritus, desde las esferas sensibles hasta la esfera de lo inteligible, desde lo finito hasta lo infinito; en una palabra, desde el punto del espacio en que obra ve bajo de sí todos los espacios.

El hombre es más grande que el espacio, esto es incontestable; pero he ahí el tiempo que tal vez acabará con esta grandeza. ¿Por ventura respeta alguna cosa su acción implacable? Vémosle obrar sobre todas las existencias y destruirlas. Hasta los astros, que se los creía incorruptibles como la luz, sucumben bajo la acción lenta de los siglos. Unos después de otros se apagan, se deshacen y llenan con sus pavesas los espacios que antes inundaban con los rayos de su luz (1).

(1) Santo Tomás decía: «Corpora coelestia, que non habent materiam contrarietati subjectam incorruptibilia sunt.» (*Summa Theol.*, I. p., q. 75, art. 6.) Pero la ciencia moderna piensa de otro modo. El estudio químico y mineralógico de los aerolitos ha mostrado desde luego entre la materia del cielo y de la tierra

¿Cómo podría el hombre resistir al tiempo, pues no hace más que aparecer sobre la tierra para desempeñar el papel de un actor insignificante en un drama inmenso, cuyas solas primeras escenas conocemos, y cuyo desenlace no podemos adivinar?

Tal es, señores, la triste y desconsoladora doctrina de aquellos que, no viendo en este mundo sino las evoluciones de la materia, no tienen en cuenta más que la parte exterior y mortal de que el alma está revestida. Pero, gracias á Dios, la voz alegre de la humanidad ahoga sus lúgubres acentos. En medio de las ruinas causadas por el tiempo, el hombre está convencido de que al entrar en la vida se hace dueño de los siglos, y de que su persona es indestructible. Entended, señores, que digo *su persona*; porque nosotros nos cuidamos muy poco de la indestructibilidad que nos promete el materialismo, la cual consiste en la conservación eterna de nuestros elementos: ¿Qué nos importan los elementos, si el sér no existe? Lo que nosotros creemos indestructible es el sér humano, la persona, el *yo*. Existo hoy y existiré siempre, porque Dios me ha prometido la inmortalidad. El cielo y la tierra pasarán, pero su palabra no pasará; yo experimentaré eternamente en mí su eterno cumplimiento. El, que es señor de la vida, me ha dicho que me esperaba más allá de la muerte que ha de destruir y disolver mi cuerpo (1). Yo creo á su palabra, garantida por sus

una unidad llena de enseñanzas. Bien pronto la aplicación á los aerolitos de los métodos geológicos ha revelado entre estas pavesas celestes relaciones ignoradas; sus relaciones estratigráficas se nos han manifestado, y desde entonces la pavesa, convertida en fósil, nos ha demostrado la existencia de astros destruidos.

Un mismo astro pasa sucesivamente al estado: 1.º de nebulosa; 2.º de estrella variable; 3.º de estrella constante; 4.º de planeta luminoso; 5.º de planeta extinguido; 6.º de luna; 7.º de fragmentos volutinosos semejantes á los asteroides, y 8.º, finalmente, al estado de aerolitos. (Estanislao Mennier: *Cours de géologie comparée*. Resume et conclusion.)

(1) Statutum est hominibus semel mori: post hoc autem iudicium (Hebr., ix, 27.)

infinitas perfecciones, y por mi naturaleza y mis aspiraciones.

Dios es sabio, y no puede hacer que los elementos divisibles de mi cuerpo se conserven eternamente en el espacio, si mi alma indivisible se reduce á la nada. Dios es sabio, y no puede dar preferencia á la menor de sus obras, permitiéndole mudar sólo de forma, y destruir al mismo tiempo la más bella de todas. Dios es sabio, y no puede dar virtud á los átomos para desafiar al tiempo, entregando á éste el alma, principio de la virtud y del pensamiento. Dios es sabio, y no puede respetar los restos de una carne que no ha sido más que instrumento de sensaciones, y aniquilar un espíritu que marchaba á la conquista de la verdad y del bien, antes de poseerlos enteramente. Dios es sabio, y no puede conservar en la dispersión unas moléculas alimentadas de sustancias corruptibles, y suprimir de un golpe una sustancia simple que se ha sustentado de un manjar incorruptible, como es la incorruptible verdad y la incorruptible justicia. En fin, la sabiduría divina, origen de la armonía en toda naturaleza criada, no puede negarse á sí misma por el desorden final de la más bella de las naturalezas.

Dios es justo, y no puede complacerse en ser el verdugo de su criatura, llenarla de deseos que jamás han de cumplirse, y empujarla violentamente hacia un término que jamás alcanzará. ¿A qué esa necesidad universal de la felicidad que atormenta nuestros pobres corazones, si la vida humana se acaba en el sepulcro? Desde nuestro nacimiento hasta la muerte, ¿nos hemos visto saciados alguna vez? ¡Ay! Los deleites efímeros de este mundo no han hecho sino engañar los divinos desfallecimientos de nuestras almas, y hasta las alegrías de la verdad y de la virtud se han visto perturbadas por bajas exigencias, y oscurecidas por incandescentes contradicciones. Nuestra naturaleza está organizada de tal suerte, que desea y espera necesariamente la verdad sin sombra, el bien sin mezcla de mal, el reposo perfecto de todas sus facultades en la paz; y se pretende que Dios la haya arrojado desapia-

dadamente en las tinieblas, en el vacío y en la nada eternal. Esto es atroz, señores, y por consiguiente es increíble; porque es propio de la divina justicia, dice Santo Tomás, dar á cada cosa lo que exige su naturaleza.

Dios es justo, y no puede dar fin á su gobierno de una manera contraria á su perfección. ¡Ah! Si todas las virtudes fueran recompensadas y todos los vicios castigados, durante la escena que cada mortal representa en el gran drama de la historia humana, podría Dios suprimir simplemente los actores, sin obligación de reemplazarlos por otros; mas no sucede así, bien lo sabéis. Oprimida bajo el peso del dolor, llega la virtud con harta frecuencia al término de su carrera, sin haber sentido la mano carifosa de Aquel que le dice: ¡Ea, ea! *Euge, Euge!* Y colmado de misteriosos favores, duérmese el acariciado vicio en su escandaloso triunfo. No concluye, pues, todo con la muerte. La justicia exige que la virtud, infeliz en esta vida, obtenga nueva instancia ante el tribunal de Dios, y que el vicio impune sea castigado.

Dios es sabio y justo; ved por qué ha criado al hombre inextinguible: *Deus creavit hominem inextinguibilem*. Por poco detenidamente que estudiéis vuestra naturaleza y sus aspiraciones, descubriréis en ellas una prueba evidente de vuestra inmortalidad.

Vuestra naturaleza está compuesta de dos elementos, de los cuales uno, visible y palpable, pasa, como todo lo material, por diferentes fases, que lo conducen hasta la separación de sus partes. No hagáis cuenta con él; pues, como sabéis, no tiene sino una vida prestada que recibe de una fuerza simple y subsistente en sí misma, de una forma pura, como decían los antiguos, que nosotros hemos llamado alma. En ella está el fundamento del *yo*, fundamento cuya incorruptibilidad nativa resiste á los golpes de todos los tiempos. Puede separarse lo que vive del principio de la vida, puede descomponerse el todo en sus partes; pero ninguna fuerza extrínseca ó intrínseca puede separar el principio de la vida de sí mismo, ni descomponer las

partes donde no existen, ni dividir lo que es una cosa con el sér mismo. El alma, según Santo Tomás, no puede dejar de existir sino separándose de sí misma, lo cual es absolutamente imposible (1). Cicerón expresaba este mismo pensamiento con estas notables palabras de sus *Tusculanas*: «El espíritu humano se siente movido por su propia fuerza, y no por fuerza extraña, y no puede suceder que jamás se aparte de sí mismo, y esto es lo que constituye su eternidad» (2).

La inmortalidad está, señores, tan radicada en nuestra naturaleza, que se muestra espontáneamente en nuestros deseos y en nuestras aspiraciones. Deseamos á todo trance vivir, vivir en la estimación y admiración de los hombres, vivir en los corazones de los que nos aman, vivir por el esplendor de nuestras obras, vivir por la memoria de nuestros beneficios, vivir á pesar de la austera experiencia que nos recuerda cada día que hemos de morir. Sí, hemos de morir, y el horror que nos causa este pensamiento y la lucha formidable que se empeña durante los días de nuestra existencia terrestre, entre la vida y la muerte, es una prueba irrefragable de que hay en nosotros una fuerza indestructible. La pálida muerte, á pesar de la seguridad de sus golpes, no puede arrancarnos la confesión de sus triunfos; en la hora misma en que hiera, una voz irónica canta en nosotros victoria, y exclama: «No moriré todo.» *Non omnis moriar.*

(1) *Animæ brutorum corruptuntur corruptis corporibus; anima autem humana non potest corrumpi, nisi per se corrumpatur. Quod quidem omnino est impossibile non solum de ipsa, sed de quolibet subsistente, quod est forma tantum. Manifestum est enim: quod id quod secundum se convenit alicui, est inseparabile ab ipso. Esse autem per se convenit formæ, que est actus. Unde materia secundum hoc acquirit esse in actu, quod acquirit formam; secundum hoc autem accidit in ea corruptio, quod separatur forma ab ea. Impossibile est autem quod forma separatur à se ipsa. Unde impossibile est, autem quod forma subsistens desinat esse. (Summa Theol., I p. q. 75, art. 6.)*

(2) *Sentit animus se vi sua non aliena moveri, nec accidere posse ut ipse à se unquam deseratur; ex quo effluitur eternitas. (Cicer: Tusculan., lib. I.)*

Desde el día memorable en que Dios fulminó contra el hombre prevaricador esta terrible sentencia: «Morirás de muerte,» *Morte morieris*, éste ha protestado con actos públicos, así como por sus íntimas convicciones, contra el pensamiento de que todo se acaba para él con el trágico desenlace que separa los dos elementos de su naturaleza. En todos los pueblos hallamos unido al dogma de la vida futura el culto de los sepulcros; culto conmovedor y lleno de revelaciones para el que sabe interpretar los actos públicos de la humanidad religiosa; culto en que las almas grandes y nobles han visto siempre la prueba evidente de nuestra inmortalidad (1). Y si no, ¿á qué esos honores tributados á una carne que se corrompe, á unos huesos áridos, á una ceniza estéril, si el hombre no está íntimamente persuadido de que una llama incorruptible sobrevive y se cierne sobre los tristes restos de lo que fué nuestro cuerpo? ¿De dónde procede esa persuasión entre todas las enseñanzas de la experiencia, sino de una revelación divina, ó á lo menos de un deseo natural de vivir siempre? Y siendo todo sincero y verídico en los movimientos espontáneos de la naturaleza, ¿cómo podrá ser éste una mentira (2)?

(1) «Allí, por un encanto invencible, la vida es inseparable de la muerte; allí la naturaleza humana se muestra superior al resto de la creación, y ostenta sus altos destinos. ¿Conocen acaso el féretro los brutos, ó pierden el sosiego por sus cenizas? ¿Qué impresión les hacen los huesos de sus padres? O por mejor decir, ¿saben quién es su padre, cuando han pasado las necesidades de la infancia? ¿De dónde, pues, nos viene la poderosa idea que tenemos de la muerte? ¿Morcerán nuestros homenajes algunos átomos de polvo? No, seguramente; respetamos las cenizas de nuestros antepasados, porque una voz secreta nos dice que no está todo muerto en ellos, y esta voz es la que consagra el culto fúnebre entre todos los pueblos de la tierra; todos están igualmente persuadidos de que no es duradero el sueño, aun en el sepulcro, y que la muerte es únicamente una transformación gloriosa.» (Chateaubriand: *Genio del Cristianismo*, lib. vi, cap. III.)

(2) *Potest etiam hujus rei accipi signum ex hoc, quod unumquodque naturaliter suo modo esse desiderat. Desiderium autem non cognoscit esse, nisi sub hoc et tunc; sed intellectus apprehendit esse absolute, et secundum omne tempus. Unde omne*

Pregunto á mi cuerpo, y no recibo de él sino respuestas de muerte; pregunto á la religión de los pueblos, y no recibo sino respuestas de vida. Leo mi inmortalidad en las vastas necrópolis donde los muertos, respetuosamente depositados, esperan de la tierra la visita suprema de su posteridad, y del cielo la visita del gran Dios que ha de juzgarlos. Leo mi inmortalidad en las grutas funerarias manchadas con la sangre de los sacrificios. Leo mi inmortalidad en los árboles gigantes de los bosques americanos, cuyas flexibles ramas mecen dulcemente los sepulcros de los salvajes, á la manera que los brazos maternos mecen las cunas de sus hijos adormecidos. Leo mi inmortalidad en los soberbios mansoleos que piden al viajero un recuerdo y una plegaria para los que ya no existen. Leo mi inmortalidad en los humildes oteros en que una mano piadosa renueva las flores y las coronas; flores que dicen al muerto de parte del vivo: «Yo te amo siempre;» y al vivo de parte del difunto: «Respira siempre el aroma de mi amor;» coronas que dicen á la humanidad entera: «En el duelo de la vida y de la muerte el vencedor no es el que se piensa.»

Respetad, señores, las tumbas; son el libro del pueblo. Con sus manos sencillas escribe páginas conmovedoras, y recibe en cambio lecciones saludables que no pueden ser sustituidas por ninguna otra enseñanza. ¡Ay de vosotros si sacrificáis á la higiene del cuerpo la higiene del alma! Aprenderéis á vuestra costa lo que es un pueblo que olvida sus sepulcros. Pero no: tengo fe en los sentimientos del pueblo; no olvidará sus amados cementerios. Por lejos que los desterréis, tomará su pan de cada día para ir á visitarlos y adornarlos, para aprender allí y repetir á todas las generaciones: «La carne del hombre cae en tierra y se marchita como las hierbas del campo; pero su alma inmortal subsiste y

habens intellectum naturaliter desiderat esse semper. Naturale autem desiderium non potest esse inane. Omnis igitur intellectualis substantia est incorruptibilis. (*Summa Theol.*, I p., q. 75, art. 6.)

descansa en el seno de Dios: el hombre es más fuerte que la muerte, más grande que el tiempo.»

Esta grandeza del hombre respecto del espacio y del tiempo es una consecuencia natural de su semejanza con Dios. Imágenes vivientes de la divina semejanza, debíamos representar de alguna manera su inmensidad y su eternidad. Digo más: habiéndonos Dios asemejado á la belleza de sus operaciones y de su vida sacrosanta, debía hacernos participantes de su soberana autoridad. Y tal fué el remate de la obra de la creación. En presencia de la naturaleza que le pedía un señor, nos ha ceñido una diadema, y nos ha dicho: «Reinad, someted á vuestro imperio todas las cosas.» *Dominamini, subjicite*. El hombre es rey: «Tiene á sus pies, dice David, los rebaños de los campos, las aves del cielo, y los peces que tienen trazadas sus sendas en la profundidad de las aguas» (1). Y Job, cantando nuestro imperio sobre la naturaleza, exclama: «Los metales más preciosos, como el oro y la plata, tienen sus venos y lugares ciertos donde se crían, y los halla la industria y diligencia del hombre. De la tierra saca el hierro; y la piedra derretida por el fuego la convierte en cobre. Saca el hombre á luz lo que estaba oculto en las tinieblas, y... busca los metales y piedras más preciosas en las entrañas de la tierra, donde están escondidos entre oscuridades y sombras. Horada los montes con caminos, jamás hollados de sus plantas; se encierra en las profundidades del globo... rompe las piedras más duras y derriba las montañas hasta sus fundamentos, para cortar allí mármoles y otras piedras. De las mismas rocas saca agua, y por entre ellas le abre paso: no hay cosa, por rara y oculta que sea, que no sea descubierta por su discernimiento y su ingenio. Baja al fondo de los mares y de los ríos, y saca á luz mil cosas que estaban allí escondidas. Todo está sujeto á la industria y aplicación del hombre» (2).

(1) Omnia subjecisti sub pedibus ejas, oves et boves, universas insuper et pecora. Volucres cæli et pisces maris qui perambulanti semitas maris. (*Psalm. viii.*)

(2) Job., cap. xxviii.

¿Qué dirían, señores, el Salmista y el Santo Job si vieran los progresos de nuestro regio dominio? Los continentes explorados, las islas apartadas descubiertas, los mares recorridos en todas direcciones, los ríos transformados en grandes caminos, examinadas las profundidades, utilizados los movimientos atmosféricos, descifrados los misterios del firmamento, medido el curso de los astros, analizada su constitución; domados los elementos más refractarios, y, al modo de animales, compelidos á realizar prodigios de fuerza, utilizados por la industria; encadenada la luz y convertida en rápido mostrador de las escenas de la naturaleza, de las obras del arte; la electricidad obligada á recorrer los hilos metálicos y á llevar nuestros pensamientos de un extremo al otro del mundo, desenterrados los primeros habitantes del globo, de sus sepulcros, más de mil años ha construídos, y colocados en nuestros Museos; conocidos los géneros, las especies y las razas de los reinos vegetal y animal; descritos y clasificados desde el gigante hasta el infusorio; puestos de manifiesto y prácticamente explotados los secretos de las combinaciones químicas y de las operaciones vitales; en fin, la naturaleza tributaria de nuestra magnificencia, de nuestros placeres sensibles, de nuestros recreos artísticos y de nuestras fiestas intelectuales, después de haber servido á nuestras necesidades: ved aquí, en compendio, señores, la estadística actual de nuestro imperio esperando lo porvenir; pues ¿quién sabe hasta dónde se extenderá? ¡Oh sí! el hombre es rey. Salud, criaturas de este mundo, salud á este ilustre monarca; y tú, monarca del universo, salud a Rey de los reyes.

Una dominación egoísta de un sér criado sobre los otros, sería un desorden y una deformidad en la obra de Dios. El reinado del hombre no es, por consiguiente, un honor que pueda volverse estéril para el que nos ha dado la investidura; el hombre no es rey sino á condición de ejercer en nombre de la naturaleza un oficio sagrado que completa su grandeza: el de pontífice. Sin duda que las voces sublimes del cielo y de la tierra

cantan la gloria de Dios; pero expiran impotentes á las puertas de las mansiones eternas, si el hombre no transforma su lenguaje imprimiéndole el sello de su inteligencia y de su amor.

Entre el que recibe un homenaje y el que lo da, ¿no debe mediar una comunicacón de semejanza? ¿Y puede proceder la gloria de parte de un sér que ignora la naturaleza y el alcance de sus actos? Desde el momento que amo la gloria, deseo que mis méritos sean conocidos y admirados antes de ser alabados, y creo que no pueden ser bien alabados si no son conocidos y admirados. ¿Qué importan al conquistador la sonrisa de las fértiles comarcas que atraviesa, el resplandor de un hermoso día, los despojos de sus enemigos vencidos, si no espera oír de un millon de voces un *viva* pronunciado en su honor?

Santo Tomás ha dicho muy bien que «la gloria es una alabanza que procede del conocimiento.» *Claracum laude notitia* (1). He aquí, señores, por qué Dios, celoso de su gloria, por ser un derecho suyo, la exige de una persona inteligente, como libre tributo de sus actos, y por qué ha querido que el hombre, rey é inteligente de este mundo inferior, tuviese el poder real como un sacerdocio al mismo tiempo. El hombre, pues, conoce por el mundo, admira por el mundo, ama por el mundo, habla por el mundo, adora por el mundo, da gracias por el mundo, ruega por el mundo, á fin de que Dios, en cambio de la gloria que recibe del mundo, abra sobre él la fuente inagotable de sus beneficios. El hombre es sacerdote, *sacerdos*; es decir, el que da á Dios todas las cosas consagradas que la criatura debe á su Criador. El hombre es pontífice, *pontifex*, esto es, el que, á manera de puente interpuesto entre lo finito y lo infinito, transmite de uno á otro lado los actos religiosos, transformándolos en su tránsito. El hombre es el *omnis terra* que el Profeta convida á la adoración y alabanza de Jehová (2). Todo tiende á él, y por él á

(1) Cf. *Summ. Theol.*, I p., q. 2, art. 3, citando á San Agustín.

(2) Psalm. lxxv: Omnis terra adoret te, et psallat tibi.

Dios; y esto constituye el punto supremo de su belleza y de su grandeza.

Os habia indicado superficialmente vuestro puesto en la armonia del mundo; vedlo ahora tan claramente determinado, que no podéis olvidarlo ni despreciarlo sin deshonraros. No deliréis, no os forjéis espacios imaginarios. Si los astros están poblados de habitantes, más ó menos elevados que vosotros en la jerarquía de los seres, lo sabréis un día. Al presente es preciso que os fijéis en la realidad de vuestros privilegios, que son bastante gloriosos para merecer vuestra gratitud y vuestro aprecio. Con respecto al mundo superior, os ha hecho Dios poco menos que los ángeles: *Minuisti eum paulo minus ab angelis* (1); y no obstante, ellos no son vuestros señores: sois sus hermanos en la inteligencia y en la belleza, y no súbditos suyos. Respecto al mundo inferior, vuestra belleza ocupa el primer lugar en la obra divina: *Constituisti eum super opera manuum tuarum* (2). Conservaos en este puesto, señores. No envilezcáis con vergonzosas placeres ese noble cuerpo en que ha puesto tantas maravillas el Supremo Arquitecto; no dejéis oscurecerse con la ignorancia ó el error esa luminosa inteligencia, que lleva impreso el sello de la cara de Dios; no entreguéis á la tiranía de las pasiones esa voluntad libre, cuyo ornamento natural es la virtud; no abuséis de la compañía de vuestros semejantes para corromper y ser corrompidos; en fin, no os hagáis dignos de este duro reproche del hombre que olvida su dignidad y su belleza: «El hombre, criado por Dios á su imagen y semejanza, dotado de razón y de inteligencia, envileció su estado y dignidad; semejante en la estupidez á las bestias, no atiende sino á lo presente, se olvida de los bienes eternos y ama solamente los caducos y perecederos» (3). Sois superiores al espacio, haceos dignos de

(1) Salmo VIII.

(2) *Ibidem*.

(3) *Homo cum in honore esset, non intellexit; comparatus est jumentis insipientibus, et similis factus est illis.* (Ps. XVIII.)

tomar un día posesión de él, y recorrerlo en triunfo, llevados por la mano omnipotente de Dios. Sois superiores al tiempo, preparaos mediante vuestros méritos las ventajas de la inmortalidad, esto es, la inalterable felicidad de los siglos eternos. Sois reyes, apiadaos, os suplico, apiadaos de las criaturas; no os convertáis en tiranos suyos ó en verdugos, abusando de ellas para la satisfacción de vuestros apetitos desordenados, y apartándolas de su último fin. Ellas se dirigen á Dios, no las detengáis con la insaciable sed de vuestros deseos; antes bien, emplead vuestro imperio sobre ellas para crearos auxiliares en vuestro sacerdocio. Seis días se os han concedido para ser reyes, y uno para ser pontífices; sed generosos. Mezclad en todos los actos de vuestra vida el sacerdocio y el reinado, y que todo en vosotros, pensamientos, deseos y trabajos, cante á nombre del mundo entero, en todos los lugares y á todas horas, la gloria del Altísimo que os ha colmado de sus dones.